

Marxistas y Marxismo

Este artículo fue escrito por Manuel Espinoza Orellana, basado en un foro que realizó el Instituto Popular de Valparaíso.

Algunas personas que han adscrito al marxismo como punto de vista general sobre el mundo y el hombre, parece que no pudieran identificar plenamente su calidad de marxistas, si no andan trayendo a colación a cada paso, citas de Marx, de Engels o de Lenin; y aun en los últimos tiempos de Khrushchev, que ha venido a reemplazar a Stalin. Logran así, solamente poner de manifiesto su propio desconocimiento profundo del marxismo, y fossilizan el sentido de algunas frases de los clásicos elaboradores de esta filosofía. Se tornan por consiguiente sectarios y dogmáticos.

Porque aludir tan frecuentemente a citas y expresiones de hombres, cuyo contexto histórico fue distinto al nuestro, es negar al marxismo su esencia fundamental, que es la de su constante adecuación histórica.

O es que para estas personas, cuya buena fe nos es indudable, ¿no ha sucedido nada hasta ahora, a partir de Lenin? ¿Acaso no han florecido una serie de factores nuevos que corresponden a nuevas experiencias sociológicas que necesariamente Lenin, y menos Marx y Engels no pudieron tener en cuenta?

No nos cabe duda que el marxismo como filosofía fundamental y por lo tanto, como método de interpretación de la realidad, es la columna vertebral del socialismo como ideología de acción. Hay por lo tanto ciertos planteamientos básicos cuya formulación tiene plena validez en toda época. Pero ellos constituyen por lo mismo, la raíz instrumental con la cual nos proyectamos hacia una actitud crítica de la realidad; no son por lo tanto cuestionables para el marxista convencido y conocedor del tema. Ahora, que al calor de aquellas premisas básicas insubstituíbles se hayan formulado algunas apreciaciones de

carácter general, en distintas épocas a partir de Marx, ello no quiere decir necesariamente que debemos andar con ellas por delante en cada oportunidad en que se hable de marxismo.

Una de estas apreciaciones corresponde a la del Infantilismo Izquierdista, de que habló Lenin en uno de sus escritos. Fue una voz de alerta de Lenin, y no digo que ello no haya sido razonable, y que aún, en la actualidad sería fácil recurrir a ella para calificar ciertas tendencias mórbidas en el afán izquierdista de algunos marxistas. Pero, y no obstante, es justo pedir un criterio cabal en la aplicación de esta apreciación, como de cualquier otra de esta naturaleza, para no incurrir en el error lamentable de estarnos cazando los dedos de nuestro propio conocimiento de la doctrina marxista.

Es así como hemos podido apreciar que algunas personas utilizan apresuradamente los calificativos que pueden derivarse de estas apreciaciones, para designar a aquellas otras que en su concepto inmediato no acusan una clara posición marxista, esto naturalmente en cuanto al relativo conocimiento o desconocimiento que ellos mismos tienen de la doctrina.

El extremismo o infantilismo izquierdista de que habla Lenin, se refiere fundamentalmente a tácticas de acción política en el plano de las relaciones partidarias de sectores de clase de diverso origen, y en circunstancias condicionantes y condicionadas. Se refiere a experiencias en la política nacional e internacional de la época, pero cuyos conceptos bien podrían aplicarse si se presentara el caso en el momento social que vivimos.

No obstante, no podemos trasladar esta ca-

lificación a otro orden de consideraciones. Como es el caso, por ejemplo, a divergencias de apreciación filosófica acerca de un punto de interpretación dentro del marxismo. Porque además, como el marxismo es una teoría esencialmente científica, toda divergencia de interpretación es transitoria, y está referida al grado de conocimiento de la doctrina, que puedan tener los contendores.

Un ejemplo: Se suscita una diversidad de apreciación en torno a si la Cultura está o no determinada por las relaciones sociales de producción de la Cultura, cual es la literatura, obedeciendo a un prejuicio intelectual según nuestro criterio, hasta cierto punto justificable dentro de nuestro medio social, aunque no en un marxista convencido, expresa que las relaciones sociales de producción no condicionan necesariamente el desarrollo de la Cultura y para fundamentar su posición cita a Engels y a Lenin, diciendo que estos han demostrado cómo la economía no puede ser culpable del nacimiento de una obra de arte y de determinadas tendencias estéticas; las que no podrían justificarse por el nivel de desarrollo industrial en un momento dado. Y relaciona por lo mismo la exposición de otro de los participantes con el infantilismo de izquierdistas formulado por Lenin.

Encontramos en esta exposición, un error de apresuramiento en la calificación del participante de la tesis contraria y un endeble conocimiento del marxismo en la formulación del concepto personal acerca del tema.

En efecto, el participante del foro había expresado en económico lenguaje, que la Cultura fluía de la estructura económica como su producto y que de ella emanaban las diferentes expresiones culturales, como la Filosofía, el Derecho, el Arte, la Literatura, etc. En el bien entendido naturalmente, que el expositor marxista tenía el dominio suficiente de la filosofía del materialismo dialéctico, como para dar a las palabras expresadas su real significación. Sin embargo al recurrir a la maniobra de aplicar la teoría del infantilismo izquierdista, a la idea expuesta, el expositor demostró su falta de preparación sobre el tema.

Vamos a fundamentar porqué. Se afirmó que la Cultura fluye de la estructura económica como su producto, y ello es indiscutible porque la Cultura es el producto de la acción social del hombre. El hombre actúa sobre la naturaleza y la transforma, transformándose a su vez a sí mismo. Hay una interrelación dialéctica entre hombre y naturaleza que hace que toda transformación

operada mediante la acción humana sobre el medio físico, se traduzca a su vez en transformaciones en la conciencia social y por lo mismo en la individual.

Ahora bien, el hombre vive de la naturaleza y al actuar sobre ella para extraerle la posibilidad superviviente, genera un nuevo ámbito que le viene a facilitar cada vez más sus relaciones con el medio natural y que deviene en aquello que se ha denominado Cultura. La Cultura es así el amplio conjunto de existencias que el hombre ha creado como producto de su acción social sobre la naturaleza, en un imperativo de subsistencia. Fluye por lo tanto de las relaciones sociales de producción existentes en cada momento histórico.

Así, Cultura, en su más amplio concepto, es un término que señala el resultado estructural de la actividad humana sobre el medio físico. Y esto naturalmente, produce como decíamos al principio, transformaciones de la conciencia social, que la hacen susceptible de generar dimensiones superestructurales como el Derecho, la Filosofía, el Arte, etc. Y de una manera dialéctica estas dimensiones superestructurales actúan sobre la estructura económica y sobre la Cultura, modificando y ampliando el campo de la acción y del pensamiento.

Sería absurdo pensar, o deducir de esto, que para entender las grandes expresiones literarias, estéticas y filosóficas del Romanticismo del siglo XIX, fuera necesario proyectarnos hacia el invento de la primera máquina a vapor y de los primeros telares mecánicos. Las diversas instituciones de la superestructura llegan a dar de sí su propia atmósfera de influencias, que permite a sus cultivadores un apreciable margen de independencia y libertad de elaboración. Pero, esta independencia y libertad no son jamás absolutas. Y no pueden serlo porque el hombre es un ser cuya conciencia es la manifestación de sus relaciones sociales obligadas; y en estas circunstancias, nada hay que acontezca en la estructura de la sociedad, que no tenga sus repercusiones en la superestructura y viceversa. Por eso, la persistencia y obstinación en la defensa de una absoluta libertad artística, alegando una inquietud innata de trascendencia humana, trae por consecuencia el irracionalismo más absurdo y la limitación más nefasta a las naturales tendencias creadoras del hombre como ser social.

Por otra parte es fácil comprobar en dimensión histórica la realidad de estas afir-

maciones. Los magníficos aportes superestructurales de la cultura griega, son el producto de los pueblos y colonias de mayor significación económica en la Magna Grecia y en el Asia Menor. Y el auge artístico y cultural del Renacimiento, ¿acaso no obedece fundamentalmente al desarrollo y presencia de la incipiente burguesía que empezaba a configurarse en todo el poder de su riqueza y de sus afanes mercantiles? ¿No fueron Venecia y Florencia los centros más caracterizados del desarrollo cultural en los siglos XIII y XIV, siendo a la vez las ciudades-estados aglutinantes de mayor auge comercial y manufacturero?

Por otra parte, las relaciones directas entre el desarrollo económico y el cultural, tienen también una seria comprobación en la historia de la conquista y colonización de América por los españoles. A nadie escapa que los jesuitas trajeron el barroco a América, como expresión cultural de la Alta Edad Media en Europa. Prueba concluyente de esta influencia cultural es el barroco americano, cuya fuerza más expresiva ha dejado honda huella en México y Perú. Y no por casualidad fueron estos dos países los que proporcionaron las más grandes riquezas al conquistador español. Chile, al decir de algunos historiadores, es el país menos barroco de América, en el sentido de que su arquitectura y escultura sufrió la menor influencia barroca de todos los países conquistados por los españoles. Fue también el que menos riqueza proporcionó al español.

Podrían seguir enumerándose muchos factores determinativos de la interinfluencia constante entre lo económico y lo cultural, no obstante lo dejaremos para un trabajo

de mayor envergadura. Bástenos por ahora señalar que en la actualidad, la sociología moderna está poniendo cada vez más de manifiesto la dramática realidad en que se debate el hombre de las sociedades altamente industrializadas, en cuanto se refiere al proceso del desarrollo cultural. En ella la estructura económica ha dejado de ser sólo el hilo de Adriadna a que se refería Engels en el siglo XIX, para transformarse cada vez más en forma de vida total, que ahoga al individuo imponiéndole el rígido cartabón de sus valores mercantiles. El que haya algunas individualidades que escapen a esta atmósfera para convertirse en conciencias esclarecedoras de su época, no nos autoriza para negar lo irrefutable, por cuanto ésto está señalando únicamente que el estado de alienación o enajenación nunca es total y siempre hay la posibilidad de rescate para la conciencia del hombre. Si no fuera así el socialismo no tendría objeto como movimiento reivindicativo de masas y nuestra lucha sería estéril.

Con este sintético desarrollo hemos querido demostrar cómo el expositor del foro mencionado estuvo apresurado en su calificación y puso de manifiesto la endeblez de su propio conocimiento del marxismo, endeblez que tan irresponsablemente pretendió achacar al participante en el foro tachándolo de cultivador del infantilismo izquierdista, con lo que terminó de poner en evidencia su falta de propiedad en el uso del vocabulario marxista.

Expresamos ésto, en defensa del Materialismo Dialéctico, cuyos cultores naturales hacen esfuerzos inhumanos por difundirlo en toda su fuerza e intensidad.

SI UD. CREE QUE A OTRAS PERSONAS LES INTERESARIA LEER **ARAUCO**,
AVISENOS A CUALQUIERA DE ESTAS DIRECCIONES:

FONO 30812 - 36988

CASILLA 10430

ESTADO 360

SAN MARTIN 136